

INTRODUCCIÓN AL GRUPO DE PONENCIAS DE SOSTENIBILIDAD – ÁREA CULTURAL

AGUSTÍN HERNÁNDEZ AJA

Doctor Arquitecto. Director del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio de la ETSAM-UPM.

CARLOS JIMÉNEZ ROMERA

Arquitecto y licenciado en Lingüística. Coordinador editorial de la Biblioteca CF+S.

La cultura está omnipresente en nuestras vidas; los humanos somos seres culturales en la medida en que la cultura nos ha permitido sobrevivir a los retos impuestos por la evolución hasta llegar a ocupar los rincones más recónditos del planeta, desplazando en el proceso a otras muchas especies animales y vegetales. A través de la cultura hemos sabido explotar con suma eficacia territorios muy diversos y posteriormente modificarlos a nuestra conveniencia. Los resultados están a la vista, algunas civilizaciones han prosperado mientras que otras se han extinguido, en algunos casos por motivos estructurales endógenos, en otros por una explotación de los ecosistemas naturales más allá de los límites admisibles. Los territorios (y paisajes) producidos por la humanidad tienen su propia peculiaridad (y belleza), pero parecen definitivamente más frágiles que aquellos producidos por la naturaleza, quien constantemente se muestra dispuesta a reclamarlos.

Probablemente la cultura, que no es patrimonio exclusivo de la humanidad, ha alcanzado en ésta cotas tan elevadas de complejidad por su carácter auto-reflexivo. Los humanos no sólo aprendemos técnicas y métodos complejos, también somos capaces de reflexionar sobre los mismos, sobre su utilidad y sobre sus consecuencias. Por ello a estas alturas de la historia, con la perspectiva de tantas culturas pasadas y presentes, y con toda su diversidad, debemos ser capaces de una reflexión mucho más madura y profunda sobre el conjunto de creencias y costumbres, técnicas y procedimientos, que constituyen el acervo cultural de la humanidad en su conjunto, y más concretamente de nuestra civilización industrial. Debemos emplear los mismos mecanismos reflexivos que denominamos racionalidad –y que se aplicamos con tanto entusiasmo a diversas esferas de la vida (racionalidad económica, política, social, energética, etc.)– para reflexionar sobre estas mismas racionalidades que justifican habitualmente la gestión de un patrimonio –la diversidad social y cultural, el propio planeta– que se nos antoja precioso y al mismo tiempo relativamente frágil frente a

las posibilidades tecnológicas de nuestro tiempo.

Frente a las racionalidades parciales, del promotor inmobiliario y sus márgenes de beneficio, del arquitecto y su prestigio profesional, o del político y sus expectativas electorales, es preciso enfrentar racionalidades más generales, que incluyan no sólo los intereses diversos y conflictivos de todo el cuerpo social, sino también –como nos exige la actual crisis ecológica global– los requisitos específicos de los ecosistemas naturales, que, al fin y al cabo, sustentan la vida humana. Sin embargo ha de quedar claro que la crítica a estas racionalidades parciales no puede dejar de tener consecuencias más allá de los aspectos parciales y sectoriales. Estas racionalidades son el resultado de un conjunto de creencias y de normas de comportamiento que conforman la base misma de nuestra organización social y política, y no pueden ponerse en cuestión sin hacer lo propio con intereses particulares de determinados colectivos y grupos sociales. El cuestionamiento de las racionalidades técnicas lleva implícita una crítica política a la organización social que las ha desarrollado y hecho suyas.

¿De qué forma se pueden cuestionar las racionalidades heredadas? Antes que nada, poniendo de relieve sus contradicciones y sus limitaciones, aunque parece evidente que es preciso también plantear alternativas, nuevas racionalidades más amplias, más complejas y probablemente más conflictivas. Sin embargo, y a pesar de la aparente urgencia de esta labor, no podemos confiar en que de un día para otro cambie toda la construcción cultural, ideológica y tecnológica, que ha dado lugar a una civilización tan compleja como la nuestra. La esencia de la cultura es la transmisión, de unas personas a otras, de una generación a la siguiente, de todo el saber acumulado, desde las herramientas y las técnicas más sencillas, hasta las construcciones ideológicas y metafísicas más abstractas. Por ello, un elemento imprescindible para confrontar las racionalidades presentes con nuevas alternativas lo constituye la educación, la formación de las nuevas generaciones de seres humanos, en sus facetas técnicas pero también sociales y humanísticas, donde deben confluir los diversos conocimientos necesarios para generar nuevas racionalidades y emplear las técnicas existentes de una forma más acorde con los problemas y las exigencias de nuestro tiempo.